

MILTON PAREDES PORTELLA

Noche de cuentos... y poesía



FALSARIA

© Noche de cuentos... y poesías
© Milton Paredes Portella

ISBN papel: 978-84-16882-71-7

Editado por Editorial Falsaria (España)
© Falsaria (www.editorial-falsaria.com). Madrid
Maestro Arbós, 3, 3º piso. Oficina 302 - CP. 28045 - Madrid
info@editorial-falsaria.com

Todos los derechos reservados. All rights reserved.

Diseño de portada: Falsaria
Ilustración de portada: Shutterstock

1ª edición: 2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impreso en España

*Noche de cuentos... y poesía está especialmente dedicado a mi señora
esposa Sonia, a mis hijos Denisse (su esposo Emanuel), Brenda, Milton Jr. y a mis
nietos Liliana y Mateo que son la razón de mi felicidad.*

*También está dedicado a toda mi familia y amigos que entusiastamente
alientan mi paso por las letras.*

PRÓLOGO

Noche de cuentos... y poesía, es una novela ficción, donde los lugares y nombres no necesariamente guardan relación con la historia real. Si bien existen esos lugares y nombres, su ocurrencia en los cuentos es mera coincidencia, aunque sí un homenaje a su existencia.

NOCHE DE CUENTOS

Jaime Domínguez se llamaba. Era un chico encantador, tenía la mirada dulce y una sonrisa que no decía mucho, pero parecía sincera. Todos queríamos a Jaime, no sé si vive todavía porque esto que les cuento pasó hace más de 45 años, allá en un pueblo lejano y olvidado llamado Piscobamba; no he vuelto a saber nada de él desde la última vez que escuché a alguien decir que padecía de problemas psiquiátricos y que le habían diagnosticado esquizofrenia cuando empezó a ir a la universidad en Lima la capital del Perú. Pero cuando lo conocimos, ninguno de nosotros, sus amigos, notó algo que nos hiciera creer que tendría que bregar con los líos de la locura, a no ser de sus viajes astrales y salidas nocturnas en estado noctámbulo, que nunca discutimos o tratamos cuando se encontraba consciente, es decir al siguiente día, porque no se acordaba absolutamente de nada y aceptamos esta amnesia fingida o natural como su derecho a callar. Nuestra amistad duró el tiempo que permanecimos juntos en los años de escuela. Para la secundaria lo internaron en un seminario para curas en la ciudad de Huaraz, con el propósito o esperanza de curar sus recurrentes divagaciones sobrenaturales y sus viajes astrales al otro mundo acercándolo al Todopoderoso, para, por lo menos, dirigirle el camino a un lugar sacramentado y seguro. Luego sé que se mudó con su familia de regreso a la capital. Cuando llegó a Piscobamba tendría unos diez u once años, yo tenía nueve. Vino con sus padres que lo acompañaron a la casa de los abuelos

durante una semana, después se fueron y los abuelos se quedaron a cargo de Jaime. Nos contó que sus padres habían decidido traerlo a esta ciudad por recomendación de su médico, debido a los ataques de asma que sufría en la ciudad de Lima, conocida por su densa humedad cargada de gas carbónico. Aquí en esta tierra fría pero seca, los ataques de asma desaparecieron por arte de magia y dejaron a los padres de Jaime más que contentos, a pesar del sacrificio emocional que significaba separarse de él a su corta edad. Pero qué va, estaba en su garbanzal, los abuelos lo engrañaban a más no poder y la escolta de amigos que se consiguió le hacían sentirse en el paraíso terrenal. Era bueno para los estudios y para patear la pelota en los partidos de futbito que nos agenciábamos todas las tardes, aunque era mejor en planear excursiones al monte, cerro arriba, a descubrir los lugares del que solo los adultos conocían y hablaban. Hace cuarenta años que no he vuelto a Piscobamba; era una ciudad solitaria de unos 1000 habitantes, sin carretera, luz eléctrica ni agua potable, consecuentemente sin baños ni desagüe para las necesidades primarias de higiene; sin embargo, la recuerdo como una ciudad encantadora, llena de misterios, mitos y leyendas tanto por su geografía, historia y como por su gente. Ahora sé que hay carretera, luz eléctrica y agua potable. No sé si fue más difícil la vida sin esos adelantos básicos, pero nunca sentimos la necesidad de tenerlos y que ahora solo juzgo por comparación.

Cuando una ciudad no tiene luz eléctrica se acuesta temprano, la naturaleza encuentra la forma de marcarnos el tiempo y las costumbres de vivir en una oscuridad aparente. Cuando el sol amaina, el zorzal se encarga de decirnos que ya es hora de dejar la calle y refugiarse en casa, porque él anda haciendo lo mismo, va saltando de árbol en árbol soltando cánticos desesperados con voz grave y estruendosa, buscando un nido donde guarecerse y pasar la noche,

lo curioso es que no le gusta construir un nido ni usar el mismo dos veces, busca nidos abandonados, viejos o descuidados por sus inquilinos, nidos que toma por asalto valiéndose de su tamaño, hasta el día siguiente cuando lo abandona nuevamente. Cuando la noche llega, poco a poco aparecen pequeños puntos de luz dentro de las casas a medida que la gente va encendiendo los mecheros, velas o linternas; los más pudientes tienen linternas a kerosene y los más pobres se conforman con chiuchis que son botellas con un agujero que lleva un pedazo de trapo desde el interior; se llena con aceite, alcohol o kerosene. Su lumbré es más tenue, viscosa y se eleva dejando una marca de hollín en el cielo raso de las casas. La cocina es el lugar más alumbrado por los leños que arden preparando la cena, en consecuencia, también es el lugar que atrae a toda la familia para sentarse a esperar que llegue la última comida del día y también para que la noche se asiente y nos mande a dormir. Las noches son frías, las ventanas son pequeñas en los cuartos y grandes en las salas, no tienen vidrios, son totalmente de madera, así que si se abren es para dejar entrar el fresco y la luz del día, por lo tanto, de noche permanecen cerradas. Para el amanecer está demás decirles que quien se encarga de despertar a todo el vecindario es el gallo y no me estoy quejando de su trabajo, porque lo tiene que hacer, así lo amenacen con matar por escandaloso; el problema es que para él, el día no empieza con la luz del sol, sino una hora antes, cuando todos estamos agarrotados dentro de las cobijas que nuestros propios cuerpos tuvieron que calentar durante la noche; él solo toca la diana del amanecer, acto seguido, los pájaros, gallinas, corderos, etc., empezarán a soltar sus voces marcando presencia en el patio de la casa. Felizmente hay estaciones y climas, en donde el verano deja más tiempo en la cocina para las charlas familiares, reposando la comida y escuchando los cuentos que los adultos sueltan para beneplácito y asombro de los ni-

ños y jóvenes que, además de pecar de ingenuos, son presa de la curiosidad y el morbo por lo desconocido. Extraño tanto esas noches, porque despertaron en mí el amor por la narrativa y el cuento. Las historias que mis oídos captaron alucinando espejismos imaginados, hoy me niego a confrontarlas con la realidad para no quitarles la magia y el sabor impregnados en los recuerdos.

Además del verano o acaso la primavera, la luna llena también extiende el tiempo para actividades después de la cena, dejándonos gozar de juegos, cuentos e historias propias del lugar. Los cuentos que iré narrando en este libro, son sacados de esas noches de tertulia, miedo y asombro, que al cabo de los años he decidido en recordar y ponerlos sobre tinta y papel y les invito a leer.

CAPÍTULO I

LOS VIAJES DE JAIME

Jaime tenía once años, yo andaba por los diez; no éramos amigos cercanos porque él tenía su grupo que compartía con la edad y salón de clases; sin embargo, jugábamos juntos a la pelota, las escondidas, la pega y otros juegos propios de la niñez, donde aprendí a respetarlo y a guardarle una estima especial por su calidad de gente, amable, risueño y dócil. Vivía con sus abuelos casi frente a mi casa (mi casa era también el hogar de mis abuelos). Esa particular cercanía hacía que a veces nos acompañáramos de regreso a casa viniendo de cualquier otro lugar. La casa de mi abuela tenía dos ventanas grandes en la sala y comedor que daban muy cerca al frente de la casa de Jaime, pero los dormitorios que estaban más alejados camino abajo, contaban con sus propias ventanas pequeñas y protegidas por unos barrotes verticales distanciados por unos diez a doce centímetros entre sí. Cuando todos estaban durmiendo en tiempo de verano, cuando el frío amainaba, yo tenía la costumbre de abrir la ventana del cuarto que compartía con mi hermano mayor, aprovechando que él dormía como una piedra y yo desbordaba en curiosidad, para poner mi cara pegada a los barrotes y observar lo que pasaba por la calle a las horas en que todo el mundo dormía. Ver a alguien caminando era una rareza y un misterio, porque no sabías de quién se trataba a menos que hablara y le reconocieras por la voz,

ya que por la figura solo son ponchos con sombrero que se mueven en la penumbra de la noche. Si la noche era oscura lo que se movía era una lámpara de querosene bamboleándose al compás de los pasos del transeúnte. En las noches claras de luna no había linterna, pero igual no se podía distinguir quién o quiénes eran a menos que estuvieran conversando. Tampoco podían saber que un niño los estaba observando desde el enrejado de una pequeña ventana, que normalmente no se abre por las noches. Fue una de esas noches que vi a Jaime salir de su casa, no vestía poncho ni sombrero que es lo usual por el frío, vestía casaca y gorro, los mismos que había usado durante el día. Lo vi caminar cuesta abajo en dirección a la plaza mayor, yo no hice movimiento alguno, solo lo vi caminar; pensé que iba a la tienda que se encontraba a medio camino de la siguiente cuadra, que ya para esa hora tendría que estar cerrada, pero que don Faustino se las arreglaba para atender una emergencia sin abrir la puerta, entregando lo solicitado por la pequeña ventana, que al igual que la mía, estaba protegida por unas rejas de hierro. Jaime no regresó en el tiempo que la lógica de comprar y pagar me aseguraba verlo de nuevo de regreso a casa, por lo que me quedé intrigado y sin poder esperar más, me tuve que ir a dormir. Al día siguiente, me sorprendió que él me negara haber salido de su casa a altas horas de la noche. No insistí porque abracé la duda de haberme equivocado, pero no me quitó las ganas de ponerme frente a los barrotes a la noche siguiente. Era cuarto creciente, frustrante porque la luz de la luna no es completa y esta vez no quería equivocarme. Esperé y esperé pelado de frío y apareció Jaime; era él, nadie en esa casa tenía su tamaño ni vestía como él. Cuando pasó frente a mi ventana, lo llamé tres veces: «Jaime, Jaime, Jaime», pero él no me escuchó ni se volteó a mirar de dónde venía la voz. Tomó el mismo camino de la noche anterior y desapareció en las sombras. Nuevamente esperé el

tiempo prudente hasta que me fui a dormir, bueno a tratar de dormir, porque, ¿quién duerme fácil con tanto misterio? Mi cabeza empezó a deambular en mil conjeturas que el cansancio doblegó sin respuesta. Al día siguiente, viernes, busqué a mi amigo Edwin para contarle lo sucedido. Edwin, Jorge y yo, éramos un trío de amigos inseparables que solíamos ir a todas partes juntos, aunque fuésemos tres amigos, en número contábamos cuatro, porque Jorge tenía su guardaespaldas, Pablo, que era hijo de uno de los sirvientes de su familia. Pablo fue asignado a cuidar del hijo de los patrones a donde fuere, en la escuela o fuera de ella; Pablo, todos los días nos esperaba como un soldado de cuartel, con cara redonda y colorada que se le inflamaba de alegría cuando nos veía salir. Este vestía un sombrero de lana, raído y sucio, la ropa vieja que llevaba era herencia de su pequeño amo. Pablo nos festejaba todo, reía igual que nosotros y pateaba la pelota siempre en la posición asignada de arquero y recoge bolas; no participaba en las conversaciones porque no hablaba español y le tenían prohibido inmiscuirse en las cosas de los que no fueran como él, así que, en este relato, aunque éramos cuatro, se los hice a los dos amigos de mi collera. Ellos tomaron la cosa con asombro e intriga, que de inmediato planearon pasar la noche en mi casa para ser testigos presenciales de los paseos nocturnos de Jaime. Estuve con ellos cuando volví a preguntar a Jaime sobre su salida nocturna y volvió a negármela, mostrándose más bien perturbado por la inoportuna pregunta, despertando mayor morbo y curiosidad entre los tres mosqueteros y su D'Artagnan. Esa tarde esperé a mis amigos a que vinieran a casa a pasar la noche según lo acordado, pero ninguno apareció, evidentemente no consiguieron el permiso respectivo, menos, si no podían delatar nuestro secreto. Era casi luna llena y la noche estaba bien iluminada dejando ver las calles como un paisaje en blanco y negro. Pasaron los minutos, horas... era ya tarde,

cuando escuché el ruido del portón de su casa abriéndose con un chirrido de madera vieja y pesada. Yo, que aguardaba listo con mi plan «b», me dirigí a la puerta, la abrí apenas para verlo pasar y salí tras él, siguiéndolo a cierta distancia para no dejarme notar. No paró en la tienda de don Fulgencio, se pasó de frente como si tuviera determinación de llegar pronto a donde iba. En la siguiente cuadra estaba la iglesia de la ciudad, cuyo costado da para la calle en que íbamos avanzando, supuse por un momento que es ahí a donde se dirigía, pero no, también se pasó de frente. Tras la iglesia, estaban los escombros de una antigua iglesia, derruida por el tiempo y abandono, solo quedaban sus anchos muros en la parte que fue la torre de campanario y la pared del altar mayor, donde aún permanecían visibles las urnas que cobijaron a los santos patronos del lugar, el resto eran escombros de adobe amontonado a los costados y centro de la vieja iglesia, escombros que ya estaban cubiertos con arbustos y maleza que creció con el tiempo. Después de la vieja iglesia no hay nada, no hay casas ni otro tipo de construcción, nadie quiso construir en ese lugar porque corrían rumores que ahí moraban almas en pena, pero una especie de camino entre arroyos y muros que señalan el límite de las propiedades lleva a la gente a la ladera del río que está bastante abajo. Jaime se detuvo frente a uno de los boquerones de entrada de esa vieja iglesia quedándose parado en el lugar, me acerqué para ver mejor y me di cuenta de que estaba discutiendo con alguien, con una persona a quien yo no podía ver. Me acerqué más, escondido entre las sombras de los muros y la maleza y miré en dirección al boquerón derruido que permitía entrar a la vieja iglesia, se veía oscuro y no distinguí a nadie; me acerqué más y descubrí que Jaime hacía gestos y movimientos como queriéndose soltar de alguien que lo quería jalar. Eso me asustó, porque hasta ese momento pensaba que todo estaba relacionado con los vivos, pero al ver esa

escena, entré en pánico, un temor que me dejó paralizado, felizmente, porque de lo contrario, me habrían descubierto. Recordé que entre los cuentos de tertulia se hablaba de las apariciones de fantasmas y almas en pena en ese lugar, recordé también que los muchachos nos habíamos acercado algunas veces durante el día a husmear en el lugar y habíamos visto ataúdes, restos de féretros y huesos humanos esparcidos por doquier, debido a que en los tiempos de la colonia el cementerio era para los pobres, pero para la gente rica, los ataúdes se depositaban en un doble fondo entre las gruesas paredes y columnas de la iglesia. Un terremoto derribó la iglesia muchos años atrás, dejando expuestos a sus inquilinos muertos y desde entonces, por miedo, respeto a los muertos o simple dejadez, nadie quiso hacer nada como reconstruirla o limpiarla, en cambio, hicieron la nueva iglesia en lo que era la plaza de entonces, moviendo todo hacia adelante, creando una nueva plaza mayor y quedando esa parte en total abandono. Y como ya de muertos y fantasmas se trataba, y a cuyos ojos no estaba oculto, salí disparado de vuelta a casa. En casa y en la cama, cerré mi mente a todo pensamiento y me puse a rezar no sé cuántos padrenuestros y avemarías hasta que me quedé dormido. Al día siguiente, esperaba con ansia y angustia que llegara el recreo para entrar en sesión con los otros mosqueteros del cuento. Enterados de lo sucedido, Jorge aconsejó incluir en nuestro secreto a algún adulto y todos estuvimos de acuerdo. Se presentaron muchas mociones, pero ninguna que incluyera muertos y fantasmas nos permitiría seguir con nuestras pesquisas, ya que nuestros padres nos negarían el correspondiente permiso para andar de guardianes de la noche. Concluimos en dos posibilidades: Contarle de lo sucedido al cura de la ciudad o al profesor Arturo Gonzales que era el que mejor se llevaba con nuestras locuras juveniles. Ganó el profesor Arturo, y apenas terminó la escuela, fuimos a buscarlo para informarle

de lo que estaba sucediendo con Jaime y sus encuentros de ultratumba. Escogimos bien, porque él planeó entrar en la misión exactamente como queríamos. Esa noche, él mismo esperaría a Jaime en la puerta del colegio 304, para desde allí, verlo caminar calle abajo y seguirlo con el cuidado de no ser descubierto. Según su teoría, se trataba de un caso de sonambulismo, en el mejor de los casos o algún bribón forastero estaba pasándose de vivo tentando a algún niño del pueblo. «Mejor si estoy solo —dijo—, vaya a haber problemas».

Piscobamba era una ciudad pequeña, lejana y solitaria, que de cuando en cuando, era aprovechada por algún forastero que huía de la justicia. La quietud de la ciudad le garantizaba por lo menos dos semanas de incógnito hasta que las autoridades descubrían que algunos niños, entre ellos el suscrito, estaban alimentando y ayudando con cobijas al intruso en alguna casa abandonada o en construcción. ¿Por qué nos exponíamos al peligro? No lo sé, creo que el afán de aventura y misterio que generaba la presencia de alguien particularmente raro al que todos temían, menos nosotros.

A las nueve de la noche, en una luna llena no muy clara por las nubes y amenaza de lluvia en el cielo, el profesor Gonzales toma posesión de su lugar en el quicio de la puerta del último salón que da a la calle, muy cerca de la esquina; lleva poncho y chullo de ropaje y una chata de ron para mitigar el frío. Había pasado más de una hora sin que alguna novedad apareciera a la vista, hasta que Tony, que es mi nombre de pila, apareciera dispuesto a hacerle compañía.

—Tony, habría sido mejor que te quedaras en casa, no quiero líos con tus papás.

—Descuide profe, ellos duermen a pierna suelta y su cuarto está al otro lado de la casa.

—Bien, entra, escóndete.

Del lado opuesto se acercan dos bultos de gente menuda y bien

arropada. Por el sombrero de uno de ellos deducimos que es Jorge y su lugarteniente Pablo.

—Shhh. Escóndanse y no hablen —les dice el profesor Gonzales.

—¿Alguna novedad?

—Nada todavía.

—Shhhh, cállense, ahí viene.

Todos nos agazapamos junto a la puerta para ver pasar a Jaime, pero este viene directo hacia nosotros. No es Jaime, es Edwin que viene sobándose los ojos en señal de sueño.

—Caramba, les digo que no vengán y parece que les hubiera invitado a una fiesta, manténganse calladitos, ¿eh?

—Tony, ¿a qué hora suele salir Jaime?

—Alrededor de las once, profe.

—Entonces no tardará.

—Shhhh, ahí viene —dice Edwin que tenía mejor lugar para ver.

—Sí, es él —le digo.

Lo vemos pasar de largo como si estuviera apurado y va directo a la vieja iglesia. Esperamos una distancia prudente para seguirlo y vamos tras los pasos de Jaime que entra por el mismo boquerón sin detenerse como la vez anterior. El profesor Arturo Gonzales, que con la mano extendida tiene detenido al grupo, nos dice:

—Entremos, Jaime podría estar en peligro.

Subimos con dificultad el desmonte de adobes y tierra amontonada, y cuando estamos por entrar a la oscuridad del interior, aparece Jaime, nos mira y como si sintiera natural la presencia de los intrusos o supiera lo que está sucediendo nos dice:

—Hola, vengán conmigo... Él es Zacarías, mi amigo.

Todos miramos en dirección a donde apunta su mano, que no

es más que oscuridad, pero empezamos a seguirlo, porque Jaime va raudo en dirección a la quebrada. El profesor Gonzales apura el paso hasta alcanzarlo y lo detiene con la mano.

—¡Jaime! ¿A dónde vas? ¿Estás loco? Vamos a casa, nosotros te acompañaremos.

—No, suélteme, estoy con mi amigo, él me cuida.

—¿Tu amigo? ¿Quién es tu amigo?, yo no veo nada ni a nadie.

—Pero ahí está, ¿no lo ve?, le está mirando y se encuentra enojado.

—Pero yo no lo veo y creo que tú tampoco, solo estás imaginando cosas.

—No, suelte, tengo que ir con él, dice que me apure, que no les haga caso a ustedes.

—¿Y a dónde te lleva, se puede saber?

Jaime se detiene y mira al vacío esperando que el vacío responda... luego después de un rato, nos dice:

—A la verdadera vida, donde todo es posible y yo podré ver a mi hermana Lisa.

—¿A tu hermana Lisa?

—Sí, ella murió hace tres años en Lima en un ataque de asma como el que yo tenía y Zacarías dice que a donde vamos yo podré verla y abrazarla como cuando éramos niños.

—Pues Zacarías te está mintiendo, si Lisa está muerta está en el cielo y a donde él te lleva no es el cielo.

—Se está riendo de ustedes y se encuentra molesto. Dice que a donde vamos es mejor que el cielo y que me dejen tranquilo o se van a arrepentir.

—Dile que no le tengo miedo y deje de engañarte, que es un bribón mentiroso.

No había concluido de hablar el profesor Gonzales cuando un

viento descomunal lo levanta y tira sobre nosotros que aguardamos temerosos detrás de él. Todos caemos hacia el barranco, siendo detenidos por una planta de zarzamora que felizmente o por mala suerte se hallaba en el lugar. El ropaje invernal nos impidió mayor daño al cuerpo, no así a las manos que se lastimaron por las espinas de la planta.

—Peor habría sido un tunal, y suerte que no nos desbarrancamos —acota Jorge.

—¿Todos están bien? —pregunta el profesor esperando que, a pesar de las espinas, puedan emprender el camino tras Jaime.

—Sí, sí... —Es la respuesta general.

—Vamos, se fue por allá.

Avanzamos casi corriendo en medio de la penumbra que el cielo oscuro nos ofrece. Algunos caemos al piso tropezando con las piedras o huecos del camino, nos levantamos sin quejas y seguimos con el paso apurado hasta que el profesor nos detiene al borde de la oscuridad total, y nos dice:

—Desde aquí no sé hacia dónde ir, se ve muy oscuro, puede ser peligroso, se escucha correr agua abajo, podríamos caer en un pozo o acequia, hay que esperar que las nubes se abran y podamos ver algo.

—Por aquí —les dice una voz desde la oscuridad.

Es Jaime, cuya figura se dibuja al otro lado, unos metros hacia la izquierda.

—Hay un puente pequeño, hecho de troncos, pero es seguro.

—Jaime, no se ve nada, mejor ven tu acá y regresemos, ya estuvo bueno el juego, todo está yendo demasiado lejos.

—No puedo profesor, le he prometido a Zacarías que iré y lo haré a donde él me lleve, dice que ya estamos cerca y me ha prometido que no les hará daño si no insisten en retenerme.

—Entonces, vamos contigo.

—Está bien.

—¿Dónde está él?

—Aquí, a mi lado, los está mirando y ya no está enojado.

—No vemos el puente.

—Yo iré al otro lado y tomaré una mano para que me sigan, solo pisen con cuidado, son varios troncos de árbol puestos juntos como un puente improvisado.

Ya al otro lado, todos observamos a Jaime tratando de leer en su rostro algo que nos aclare la noche y despeje nuestros miedos.

—No se preocupen, síganme. Él me dejó venir a ayudarlos porque supo que tendrían problemas en cruzar el puente. Ya ven, es buena gente.

—¿Y cómo es que tú puedes ver bien y nosotros no?

—Lo desconozco, solo sé que puedo ver como si fuera de día, pero un día raro, sin colores.

—Jaime, estás mal, por favor, piensa. ¿A dónde nos lleva ese tipo? Ya me está dando miedo, parece que nos está envolviendo en tu mismo destino.

—No... él está escuchando todo y dice que solo le intereso yo, porque tiene un pacto conmigo.

—No lo sé, podría ser el diablo.

—¡Es el diablo! —dice Jaime, suelto de huesos.

Ante la repentina revelación o aclaración, el profesor y su escolta nos detenemos negándonos a seguir adelante.

—No, Jaime, esto ya es demasiado, no seguiremos más, nosotros regresamos.

—Dice que ya llegamos y yo tampoco sé lo que quiere de mí. Sólo sé que conoceré un mundo diferente donde todo es real, la vida es real y no la fantasía que vivimos creyendo que es vida. Mis deseos

se harán realidad y podré ver a mi hermana, mi abuela y hasta podré viajar a Lima a ver a mis padres sin tener que montarme en un caballo.

—Y entonces, ¿ahora qué?

—No sé, me está hablando, por favor, no hagan ruido.

Todos estamos parados en nuestros lugares sin deseos de movernos para ningún lado, esperando lo que Jaime diga. De pronto, sin mediar palabra alguna, Jaime se mueve en dirección a una roca al borde del precipicio, se sube en ella y extiende las manos hacia el vacío.

—Jaime, ¿qué estás haciendo?, por favor, detente. ¿Vas a saltar?

—Sí, eso es lo que él dice que haga.

—Estás loco. ¡Nooooo!

El profesor Gonzales agarra a Jaime de las piernas y lo jala en su dirección, los chicos agarramos al profesor sosteniéndolo con fuerza del poncho, de los brazos, piernas, de donde sea, porque se ha iniciado una lucha de poder. Es Jaime y el diablo que jala de un lado y nosotros del otro lado. Hay gritos, quejidos y llanto; de pronto, Pablo, que en vez de estar ayudando a jalar de este lado avanza amenazante hacia Jaime con un par de palos cruzados en forma de cruz y grita con una voz arrancada de lo profundo de su alma ordenándole al diablo a que se aleje, a que deje a Jaime en paz. No habla en español, lo hace en su lengua nativa, pero todos entendemos perfectamente lo que dice. Cuando está sobre Jaime, posa la cruz sobre su cuerpo y Jaime deja de jalar hacia el abismo, el efecto hace que todos caigamos unos sobre otros en este lado del camino. Entonces escuchamos una voz ronca y tétrica desde la oscuridad y profundidad maldiciéndonos en mil formas. Palabras soeces, maldiciones y amenazas se escuchaban tragadas en el fondo del abismo. Aprovechamos para tomar a Jaime, tratar de cargarlo a la fuerza y

traerlo de vuelta a la ciudad, pero no fue necesario emplear fuerza alguna, porque Jaime estaba recuperando su segunda consciencia al preguntarnos qué hacíamos ahí y qué estaba pasando.

—Jaime, no hay tiempo de explicaciones y vámonos de acá, te explico luego, más bien ve adelante para que nos enseñes el camino porque nosotros no vemos bien ni conocemos el lugar.

—Yo tampoco veo, profesor y no sé dónde estamos.

Esa revelación nos dio una sensación encontrada de alegría y miedo. Jaime había vuelto a la realidad, pero una realidad perdida en las tinieblas. Entonces, de manera instintiva, todos volteamos a mirar al único héroe de la noche: Pablo, cuya sonrisa dibujada sobre su cara aterrada nos daba la esperanza de salir con vida de ese lugar; Jorge le dijo en quechua que nos guiara de vuelta al pueblo. Él toma su cruz, la pone al frente con las manos extendidas y muy seguro de sí, nos dice: «Katinay (Sígueme)». Cruzamos el puente buscando en la memoria cómo y dónde pisar y esta vez, el que tuvo problemas de dar el primer paso fue Jaime que no reconocía ni recordaba haber cruzado el bendito puente. La lluvia empezó con fuerza, nos mojábamos, pero a la vez el cielo se despejaba para dejar pasar la luz de la luna que nos trajo de vuelta a la ciudad. Parados frente a la puerta de la escuela, muertos de frío y mojados como patos, el profesor Gonzales saca su chata de ron y se toma media botella, no sé si para el frío o los miedos que pasamos juntos. Nos dice:

—Muchachos, mañana conversaremos sobre esto, mientras tanto, ni media palabra a nadie, será secreto de estado, hasta saber qué hacer, en vista de que Jaime no recuerda nada de lo sucedido.

—Profe, para guardar el secreto necesitamos un poco de eso, mis piernas y mis manos están temblando más de miedo que de frío.

—Está bien, solo un trago y se van corriendo a casa.

Nos dio de beber un sorbo a cada uno de los compinches de la

noche incluyendo a Jaime, pero no a Pablo, que obediente a su naturaleza de sirviente ni siquiera se acercó a reclamar su parte.

Al día siguiente, me levanto tarde, era sábado, tengo el cuerpo maltrecho y medio resfriado, desayuno y salgo en dirección a la plaza mayor en busca de mis amigos. Encuentro a Edwin, Jorge y su lugarteniente que ya habían avanzado en profundizar el tema de nuestro encuentro con el mismísimo diablo, estaban aterrados temblando y con la mirada pegada a la esquina de donde aparecería el profesor Arturo Gonzales en caso de que viniera a buscarnos. Nos cobijamos debajo del frondoso árbol de eucalipto que está en el centro de la plaza desde hace muchos años, cientos de años, dice la gente vieja que la ve en el mismo lugar y del mismo tamaño desde que nacieron. Casi a mediodía aparece el profesor, trae una cara de haberse desvelado, se acerca, nos ve y pregunta:

—¿Y Jaime?

—No sabemos nada de él, creo que debemos de ir a buscarlo.

—Sí, vamos —dice el profesor.

En casa de Jaime, el abuelo nos abre la puerta y se sorprende de ver a la comitiva en visita no esperada, nos hace pasar hasta el zaguán de entrada donde nos pide tomar asiento en los bancos de adobe y sillas que hay en el lugar.

—Bueno profesor, ¿a qué se debe su agradable visita y tan bien acompañado?

—Don Ceferino, ¿y Jaime no está?

—Claro que está, pero el sinvergüenza duerme hasta tarde, como es sábado no lo despierto, lo dejo dormir, pero ahorita mismo lo traigo, espere usted.

—No, no, espere. Mejor si no está. Quiero preguntarle algo.

—Bueno, no me asuste, dígame usted qué ha hecho mi Jaime, espero que no esté en problemas.

—¿Sabe si Jaime es sonámbulo?

—¿Sonámbulo?

—Sí, de esos que caminan en la noche.

—No, que yo sepa, no. A veces escucho ruidos, pero teniendo perros, es natural que haya ruidos. Jaime tiene su cuarto con puerta que da para afuera de la casa, así que si camina de noche no me daría cuenta, porque el único lugar al que podría salir es precisamente a este zaguán, esa es la puerta de su cuarto —lo dice señalando una puerta a pocos metros de ahí.

—Bueno, don Ceferino, sucede que anoche seguimos a Jaime casi a medianoche camino a la vieja iglesia y después hacia la quebrada de Nicrupampa, río abajo.

—¿Qué? Explíquese, por favor. Aunque mejor, espere, voy a llamar a mi señora, ella tiene que saber de esto. ¡CLOTILDE!, ven, por favor —llamó, poniendo la cabeza dentro de la puerta de la sala.

—Profesor Arturo, qué gusto, hola muchachos, ¿qué los trae por acá?

—Tu nieto, aquí dicen que sale por las noches a caminar por las calles medio dormido. Anoche lo siguieron hasta la vieja iglesia y de ahí hasta la quebrada de Nicrupampa.

—No, profesor, debe de haber un error, Jaimito no sale de noche, si le tiene miedo a los fantasmas.

—Doña Cloty, yo lo he seguido dos veces ya, y otras anteriores lo he visto pasar a altas horas de la noche, por eso le pedimos al profesor para que nos ayude, porque Jaime parece que habla y se encuentra con otra persona, creo.

—¡Quééé! Ay, Dios mío.

—No se asuste doña Clotilde, pero anoche los chicos y yo seguimos a Jaime y a esa persona hasta la quebrada del río.

—Por Dios, ¿quién es esa persona?, ¿lo conocen?

—Me temo que no les va a gustar lo que vamos a decir, pero era el diablo.

Doña Clotilde cayó de espaldas, que a no ser por el salto felino que dio el profesor para detenerla antes del suelo, la pobre mujer se habría desnucado.

—Profesor, no juegue con esas cosas, me va a obligar a echarlo de la casa si sigue con esas tonterías.

—Don Ceferino, ni nosotros entendemos lo que pasó, solo acompañamos a Jaime en afán de protegerlo. Aparentemente, él hablaba con alguien a quién no podíamos ver, no nos dejó otra opción que seguirlo porque no pudimos detenerlo y es que en verdad casi no veía a pesar de la luna llena porque estaba nublado y oscuro, y Jaime caminaba muy rápido, como si él, sí pudiera ver en la oscuridad. Además, esa cosa nos empujó sobre las matas de zarzamora que casi terminamos en el precipicio. Mejor llame a Jaime, que él nos explique lo que está pasando.

—Sí, don Ceferino, que Jaime nos diga qué hace saliendo de noche.

Don Ceferino acomoda a su esposa sobre un sillón grande y cómodo, luego va a buscar a Jaime. Regresa a los pocos minutos con su nieto que viene sobándose los ojos.

—Bueno Jaime, buenos días, estamos aquí por lo de anoche, queremos que nos cuentes qué hacías en esos lugares y a esa hora y, sobre todo, quién es esa persona que no pudimos ver, pero sí la sentimos y escuchamos en la oscuridad. Tus abuelos ya están al tanto de todo.

—Vamos, Jaime, te estamos esperando.

—Es que yo tampoco sé qué es lo que está pasando, no sé qué es sueño y qué es verdad y para ser sincero al verlo aquí a usted y los chicos, recién caigo en que tampoco fue sueño lo de anoche. No sé

por dónde empezar.

—¿Qué tal desde el principio? —dice Tony, o sea yo.

—¿Y cuál es el principio? Lo que recuerdo son chispazos, momentos que aparecen y luego los olvido.

—Yo te he visto desde mi ventana salir varias veces por la noche e ir directo hasta la vieja iglesia. Una noche te vi hablando con alguien, más bien discutiendo, por eso hablamos con el profesor para que nos ayudara.

—No sé, todo empezó en mis sueños y ya hace algún tiempo, primero sentí como que alguien fuerte y pesado se sentaba en mi cama y me hablaba con su aliento frío y humeante. Me miraba fijamente con una sonrisa rara y con sus dedos acariciaba mi nariz, mis ojos sin que yo pudiera hacer nada, quería gritar y no me salían las palabras, quería moverme y tampoco podía mover un dedo, entonces él me dijo que me tranquilizara, que era mi amigo y que estaba ahí para ayudarme. Cuando recuperé la respiración normal, él se paró al lado de la cama y me dijo que se llamaba Zacarías, que él me cuidaría, porque yo había sido elegido para grandes cosas y que, a cambio, yo podía tener lo que quería.

—¿Cómo era ese hombre?

—Alto, bien vestido, algo pálido, risueño, pero con voz ronca.

—¿Lo habías visto antes en algún lugar?

—No, solo en sueños, pero lo raro es que la primera vez que lo soñé, al día siguiente casi no recordé lo que me había dicho, solo me quedaba una sensación de miedo, igual las siguientes veces que se repitieron en muchas noches, con el mismo resultado, al día siguiente olvidaba lo ocurrido. Es al final, o sea anoche, que he logrado hilvanar y recordar los primeros sueños, por eso es que recién pude dormir en la madrugada. Entonces ahora sé que algunos de esos sueños los he vivido en cuerpo y alma, pero sin saber lo que estaba

haciendo.

—Eso se llama sonambulismo, Jaime, se trata de personas que caminan y hacen cosas estando dormido y luego cuando despiertan no recuerdan nada. Lo que es raro es la presencia de esa persona y que participe contigo en tu sonambulismo.

Todos estamos perplejos ante el relato de Jaime. Doña Clotilde ha sacado un rosario y se ha puesto a deletrear entre dientes todas las oraciones que demandan sus partes, persignándose repetidamente y clamando a la virgen María y todos los santos que ella conoce, especialmente ahora que Jaime ha empezado a narrar las conversaciones con el singular personaje de sus sueños.

—Él me dijo que se llamaba Zacarías, que era un ángel que vivía en la vieja iglesia desde hace muchos años, que sabe todo lo que pasa en la ciudad, también sabía de mi hermana que murió asfixiada por el asma, a quien yo quería mucho. Yo la cuidaba todo el tiempo, especialmente cuando le venían sus ataques, por eso sufrí tanto cuando se fue. También tengo ese mal, no tan fuerte como el que tenía Sofía. Zacarías me dijo que él me había curado, por eso no tenía más ataques aquí en esta ciudad y que podía llevarme a ver a Sofía y jugar con ella. También me comentó que estábamos viviendo una mentira, que nada era real, que la verdadera vida se alcanza con la muerte, que todos son hipócritas y farsantes, que el tendero nos roba pesando menos de lo que vende, que la mujer de don Otilio se acuesta con su cuñado, que doña Chole se ofrece por 20 soles a los muchachos aprovechando que su marido se va a trabajar. Que la mujer del cura vaga por las noches para hacer penitencia porque su alma está llena de remordimientos y no resiste la mirada de la gente durante el día. Que don Teófilo Maguiña ya ha matado a tres y nadie lo sabe. Que don Pedro Quinteros vive con su sobrina a quién ha hecho su mujer trayéndosela con engaños de la capital. Que mis

amigos no son mis amigos porque todos son unos interesados... Ahora que pienso en todo lo que me decía, me parece una tontería, pero en mis sueños aceptaba todo como verdad. A veces no lo veía, solo escuchaba su voz diciéndome que fuera a verlo a su casa, que ahí me esperaba, que no tuviera miedo. La primera vez que fui, él no estaba, había otras gentes ahí adentro, se escuchaba el murmullo de muchas personas discutiendo y riéndose; al entrar, vi mucha gente y no conocía a nadie. Cuando ellos me vieron, se acercaron hacía mi corriendo a verme de cerca, parecían preocupados o asombrados, pero Zacarías apareció, los calmó y ordenó que se fueran a otro lado. El lugar no es como se ve ahora con tierra, adobes y escombros. Era una sala grande con mesas, sillas y cosas como comida y jarras de bebida, todos vestían de manera antigua, había más viejos que jóvenes. Me dijo que esos eran espíritus de gente que había sido enterrada ahí creyendo que con eso alcanzarían el cielo, pero que el cielo les cerró las puertas y como no aceptaban ir al infierno deambulaban sobre la tierra esperando el perdón o la misericordia de su Dios. Que él es el diablo encargado de ese lugar por órdenes del mismo Satanás. Que la gente habla mal de él, pero que en verdad este y sus demonios solo quieren el bien de la gente, se preocupan por darles a todos lo que desean, las cosas que anhelan, las riquezas y felicidad que su Dios les niega y que esa vida, la verdadera, se encuentra al otro lado pasando la línea de la muerte, que dura unos segundos a cambio de la dicha entera. Yo ya había aceptado cruzar esa línea y lo hubiera hecho de no ser por el profesor y los chicos.

—¿O sea que Zacarías es el diablo?

—Sí, el mundo espiritual está lleno de demonios y ángeles, también hay espíritus en tránsito buenos y malos, son los que no saben qué hacer y necesitan resolver sus dudas. Los diablos como Zacarías tratan de convencerlos de que se vayan con ellos y del otro lado hay

ángeles que les hablan de las cosas que tienen que hacer para alcanzar el cielo. Muchos se quedan ahí eternamente o por mucho tiempo, porque se sienten libres, no están obligados a escoger un camino o el otro. Tanto para ángeles como diablos y demonios, el mayor trabajo está con los vivos interviniendo en sus deseos.

—¿Y por qué tú? ¿Por qué te escogió a ti?

—Dice que yo soy el elegido.

—¿Elegido para qué? ¿O de qué?

—A la libertad. Dice que mis amigos son esclavos. Que él me escogió para que yo pudiera liberarlos una vez que esté del otro lado.

—¿Y por qué no los libera él, así como quiere hacer contigo?

—Porque ellos están sometidos, hay carceleros que no dejan que él se acerque a ellos. Dice que todo lo que hay en lo que nosotros creemos vida es una cárcel y no podemos escapar de nuestro destino de esclavitud eterna adorando a un Dios que no nos permite ser felices. En cambio, él nos garantiza que podemos tener lo que queramos sin obedecer a nadie.

—¿Y tú le crees todo lo que te dice?

—La verdad, cuando estoy en ese trance creo que soy diferente, porque no solamente le creo, sino que deseo hacer lo que me pide, no porque me interesen las riquezas, pero sí porque veré a mi hermana. Y cuando despierto me doy cuenta de la realidad, siento que soy muy tonto por pensar así y creerle todo. Es como si hubiera dos Jaime. No lo sé, no me pregunten más, estoy confundido, me duele la cabeza.

—Creo que esto tiene que saberlo el cura.

—Pues, digan ustedes cuándo quieren ir.

—Ahora mismo, no se puede perder tiempo.

Los abuelos de Jaime piden unos minutos para arreglarse y salir con ellos en busca del padre Julio Gutiérrez, párroco de la ciudad

desde hace muchos años. Es sábado, hora del almuerzo, así que debe de estar en su casa a dos cuadras de la iglesia nueva. Es una casa grande que alberga a él y su familia, pues tiene señora y cuatro hijos, todos en edad escolar. Una vez en la puerta, la comitiva toca el grueso portón a cuya respuesta sale Julio, uno de los hijos del cura, a quien le piden llame a su señor padre. Julio, algo sorprendido por la numerosa visita, nos hace pasar al zaguán; minutos más tarde, sale el padre Gutiérrez al encuentro de su inesperada visita.

—Padre Gutiérrez, buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿a qué se debe el honor de esta visita?

—Padre, lo que nos trae es de suma preocupación y tiene que ver con las cosas que usted maneja.

—A ver, a ver, explíquense mejor.

El profesor Arturo Gonzales hace una detallada secuencia de lo ocurrido incluyendo la explicación y relato de Jaime. Mientras cuenta la historia, el padre Gutiérrez tiene los ojos clavados en Jaime, con un gesto de extrañeza. Terminado el relato, pregunta a los abuelos:

—Don Ceferino, ¿su nieto está bautizado?

—Creo que no padre, Clotilde sabe mejor que yo esos entretelones de mi hija con el yerno, uno de esos comunistas que no creen en Dios.

—Mi hija es creyente, padre, pero mi yerno, no. Pelearon mucho con eso de bautizar a los niños, hasta que ella se resignó a no tocar más el tema, así que los niños nunca fueron bautizados y lamentablemente, la niña murió hace dos años sin ese sacramento.

—¿De qué murió, se puede saber?

—De un ataque fulminante de asma, los niños estaban solos en casa y nadie la pudo asistir, Jaime estaba con ella, pero él no pudo hacer nada más que verla convulsionar y morir. Ambos eran muy pequeños entonces. Jaime tiene la misma enfermedad, aunque en

menor medida, por eso esta acá y la verdad es que los ataques de asma prácticamente han desaparecido.

—Sí, y ese malhechor le dice que es gracias a él. — Acota el profesor Arturo.

—¿Eso te dijo, ese tal Zacarías?

—Sí, padre.

—Bribón, mentiroso... Bueno, lo primero que hay que hacer es bautizarte.

—¿Sin que lo sepan sus padres? —dice el abuelo.

—Que lo sepa Dios, eso es lo que importa.

—Yo estoy de acuerdo —dice doña Clotilde—, ahora mismo si es posible.

—No, con calma; mañana antes de la misa de las 10 am, a las 9:30 me vienen todos bien vestidos, los abuelos serán los padres y ustedes los testigos. Acto después, Jaime hará la confirmación y para eso tengo que prepararle.

—¿La confirmación también, todo junto?

—Sí, ya está en edad y es muy importante que él en persona declare su relación y aceptación a Dios. La confirmación es eso y ahí mismo en la misa haces tu primera comunión. Ahora te quedas, en un par de horas te preparo para tu bautizo, confirmación y tu primera confesión. Solo deseo saber si tú, Jaime, estás de acuerdo.

—Sí, padre, claro.

—Entonces todo está dicho, pueden ir tranquilos y Jaime se queda, almorzará con nosotros, discúlpennos que no les invite a todos, pero comprenderán que no me esperaba esta numerosa visita.

—Pierda cuidado padre, gracias, nos vamos más tranquilos.

Después de almorzar en una mesa grande con todos los hijos del cura a quienes Jaime conocía muy de cerca, tanto en el colegio como en el barrio, fue llevado por el padre Gutiérrez a su oficina,

lo tomó del brazo y le hizo la pregunta básica para esos menesteres.

—¿Qué sabes de Dios, Jaime?

—Nada padre, excepto que ese nombre me recuerda peleas y discusiones de mis padres en casa.

—¿Tu papá es ateo?

—¿Qué es ateo?

—Alguien que no cree en la existencia de Dios.

—No sé si no cree, pero sí sé que lo detesta.

—Ah, está fea la cosa. Mira Jaime, la religión no se hereda, cada cuál es responsable por sí mismo ante Dios, creer o no creer no es una cuestión de razón o inteligencia, es más bien un sentimiento espiritual donde tu corazón es quién manda y no la cabeza. Todo lo que te está pasando te debe tener muy confundido, pero quiero decirte que en el mundo hay dos fuerzas espirituales que se pelean por controlar el corazón de las personas, en lo espiritual, la mente solo sigue lo que dicta el corazón.

—Eso sí lo entiendo, porque el mismo Zacarías me ha explicado sobre esas dos fuerzas, solo que él dice que el Dios o Jesús al que usted se refiere es el malo y él es el bueno.

—Él es un bribón, se aprovecha porque no estás protegido, pero una vez que te bautices dejará de fastidiarte y yo te daré las herramientas para que te defiendas si es que ese diablo insiste. Tienes que aprender a distinguir una fuerza de la otra. Una domina las emociones de la envidia, orgullo, codicia, odio, resentimiento, celo, cólera, caos, que son muy humanos, es natural que tengamos tendencia a ellos, pero el diablo aprovecha que iniciemos esos sentimientos para irse encima y convencernos en agrandarlos y vivir en ellos. Del otro lado, está el amor, la paz, justicia, armonía, humildad, misericordia, compasión y la diversidad, para contrarrestar las fuerzas del mal, pero recuerda que al final el objetivo de nuestras vidas es la felicidad

que lamentablemente está en ambos lados, solo tú decides con cuál de las fuerzas alineas tu corazón. Si te decides por las fuerzas del bien, yo te daré las herramientas de protección porque el bautismo no es suficiente. Todos los días tendrás que pelear con esos bribones del mal.

—¿Qué herramientas?

—La primera es la oración; cuando tú oras, Dios, en el mundo espiritual te manda a sus ángeles para que estén contigo. Al diablo y sus sirvientes cuando escuchan una oración les revienta los oídos y se van corriendo, porque le tienen miedo, pánico a Dios. Luego te daré un crucifijo que representa a Jesús muriendo por nosotros, lo tendrás contigo debajo de tu almohada. También durante el bautismo te daré una medalla de la Virgen María, esa la llevarás puesta todos los días. Un rosario para que hagas tus oraciones y unos libros de catecismo para que leas acerca de Dios, Jesús y el Espíritu Santo, cómo obran en nosotros cuando los llamamos y cómo se alejan cuando los rechazamos o ignoramos. Mañana también te entregaré el Nuevo Testamento para que te familiarices con la vida de Jesús. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, padre y sobre la confesión, ¿qué hago?

—En los libritos que te voy a dar, hay una sección que habla de los pecados. No te asustes con eso, en verdad todos pecamos de alguna manera, pero confesarlo hace que se borre la mancha de culpa que deja el pecado. Tu confesión es secreto de estado, el cura al que te confiesas tiene prohibido hablar de tu confesión... a nadie, ni a la policía. Te confesarás junto con los otros niños y adultos antes de que inicie la misa.

—No conozco la iglesia... por dentro.

—Me lo temía. El confesionario es una caseta de madera que está a la derecha al fondo, dentro estoy yo, u otro padre que a veces

me ayuda. Tú solo sigue a los otros chicos que se forman en fila al lado del confesionario. Cuando leas este librito entenderás lo que es pecado y si crees que hay alguno que te identifique o relacione, pues me lo dices durante la confesión, yo pediré a Dios que te absuelva por ellos y posiblemente te pediré que reces algunas oraciones de este otro librito. Nada complicado, ¿ves?

—Está bien. ¿Me puedo ir?

—Si prometes leer lo que te estoy dando.

—Sí, lo haré.

El domingo no fue un día cualquiera, la noticia de Jaime y su encuentro con el diablo se había escuchado por toda la ciudad desde la tarde anterior. Nadie hablaba de otra cosa; la tarde y la noche del sábado la gente salió a las calles para entregarse al cuchicheo, al rumor y tremendismo de las historias macabras que son parte de la tradición propia de un pueblo pequeño. Mi barrio y mi calle, que es la misma de Jaime estaba llena de curiosos que caminaban de arriba a abajo en busca de alguna novedad con el deseo morboso de ver a Jaime y encontrar en él alguna huella dejada por el malhechor al que todos temen, pero buscan a escondidas. Jaime no salió, su abuelo se encargó de protegerlo; le cambió de cuarto para evitar más viajes nocturnos y lo dejó leyendo los libritos que le regaló el padre Gutiérrez.

El acuartelamiento funcionó muy bien para el sábado, pero el domingo temprano, Jaime, sus abuelos y la comitiva de los nombrados testigos, o sea nosotros, tuvimos que pasar abriéndonos camino entre la gente que nos miraban con ojos curiosos. Los amigos de escuela de Jaime estaban parapetados en medio de la calle interponiéndose en su caminar para llenarle de preguntas que él no contestó. A la iglesia entramos como en procesión, donde nosotros éramos las imágenes de veneración. Vimos al padre Gutiérrez parado en

la entrada junto a la pila bautismal, esperándonos con una sonrisa que nos devolvió la cordura y esperanza de salir ilesos de la trifulca. Vestía una túnica blanca y unos tocados bordados sobre los antebrazos, y nos pidió que nos acercáramos, señalando el lugar que ocuparíamos cada uno de los participantes al bautismo de Jaime. El padre procedió con unas oraciones y se vio precisado a dar una pequeña explicación de la inesperada ceremonia. Fue muy escueto, no dio grandes detalles, pero abundó en halagos a Jaime por el coraje y decisión de tomar el sacramento del bautismo a pesar de no estar sus padres presentes. Agradeció a los abuelos y a los amigos de la comitiva, hoy testigos de hecho de su conversión al mundo de los cristianos, y procedió con el ritual declarativo de aceptación a Jesús, hijo de Dios, como salvador de su alma. Ante la respuesta afirmativa procedió a poner agua sobre su cabeza previamente inclinada en la pila, explicando que las palabras salidas de la boca de Jaime confirmaban su deseo y voluntad de servir a Dios y ser protegido por él. Terminado el ritual, le pidió a Jaime que se dirigiera al lugar que señalaba su dedo donde se encontraba el confesionario, pero antes le preguntó al oído:

—¿Has leído lo que te di?

—Sí, padre.

Así termina la historia de Jaime, el único de nosotros que tuvo contacto real con el mundo de los espíritus y ángeles que dominan la dimensión desconocida. Después de esas experiencias nunca más recayó en viajes nocturnos, que nosotros sepamos y volvió a ser el muchacho entusiasta y alegre que planeaba cada aventura que nos llevó a recorrer los caminos del Inca, el cerro de Huancash, las fortalezas del Inca y las lagunas cercanas a la ciudad, que son parte de este documento en siguientes capítulos. Me dijeron que ya de adulto, estando en la universidad, se le diagnosticó esquizofrenia,

no sé si como consecuencia de estos desdoblamientos espirituales en su pubertad, o porque ya había genes que lo condenaban a ese mal. Sin embargo, Jaime es para mí y los chavales de entonces, un héroe de aventuras sin igual.

FIN